

(144)

(1)

Castro: La peculiaridad

→ República de la norma en Argentina
 → Uruguay y la norma de la norma
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero

→ Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero

→ Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero
 → Se subvenció el plurilingüismo extranjero

Autor: Castro, Andrés
Título: La peculiaridad lingüística
Rioplata
Complementos: Cap. I, IV, V.

Los países del Plata son, sin duda, la porción más vivaz y universalizada de la América hispana. Sus ciudades mayores, Buenos Aires y Montevideo, han alcanzado niveles que hace un siglo parecían inesperables. El pensamiento y el arte rioplatenses son antenas sensibles para cuanto en el mundo significa valía y esfuerzo, actitud intensamente receptiva que no ha de tardar en convertirse en facultad creadora, si el destino no tuerce el rumbo de las señales propicias. La poesía, la novela y el ensayo lo- graron allá más de un "goal" perfecto. La ciencia y el pensar filosófico cuentan entre sus cultivadores nombres de suma distinción.
 ¿Cómo explicar entonces el hecho singular

de que el idioma, a orillas del Plata, presente rasgos de desorden y hasta de desquiciamiento?

En 1935, Amado Alonso publicó un denso libro acerca de *El problema de la lengua en América*, en el que concede atención preferente al lenguaje de Buenos Aires. Ni antes ni después se ha escrito nada más exacto. En la revista *Tierra Firme*, Madrid, 1935, analicé el alcance del estudio de Alonso, y vuelvo a referirme a ello, porque lo que se escribe en revistas llega difícilmente a noticia de los más. Decía así:

En este libro lo más apasionante es la descripción del medio lingüístico argentino, que Amado Alonso conoce hoy mejor que nadie, por haberlo hecho objeto, desde hace años, de observación intensa y exclusiva. He aquí alguna de sus notas: "La masa cierra sus poros con recelo — la burla es también recelo y defensa — a toda posible infiltración idiomática culta. Fernández Moreno [uno de los más notados poetas argentinos, aclaro yo] me cuenta la estupefacción que causó en una tertulia de gente acomodada la palabra *vehemente* que él empleó". Según Alonso hay super-

abundancia de extranjeros y escasez de minorías directivas. El más penetrante juicio del autor, el que más bien puede hacer en este mundo, para nosotros entrañable, del Río de la Plata, es el siguiente: no es característica de la Argentina el que se cometan al hablar o al escribir más o menos faltas (*ojebto, oxcurro, puédamos, anedocta y acnédota*), ya que en España hay también quien ocasionalmente desbarrta e igualmente dice *ojebto, acsoluto, bograma, colaso, cobiscuo* (conspicuo) a más de otras enormidades; lo característico de Buenos Aires es "la profusión y, sobre todo, la extensión y la *impunidad* social de tales faltas. Aquí todo el mundo tiene mano libre para hablar como le salga, con tal que se le entienda más o menos adónde se dirige. Parece como si todo el mundo contara con un previo indulto mutuo. Y esto es precisamente lo grave".

Es en efecto grave que una colectividad social carezca del funcionamiento adecuado de sus frenos e inhibiciones. Se sufre en Buenos Aires, dice Alonso, de un "re-lajamiento social de la norma". La ciudad se ha visto desbordada por la invasión extranjera, y en ciertos sentidos la sociedad baja y media ha tenido que resignarse, para

132

Alonso lo
puede ser
que se
que se

el uso diario y vulgar, a una especie de "lingua franca". Pero el libro de Alonso no es un frío análisis, conducido por propósitos de sádica e infecunda mortificación. El autor habla como un hispano-argentino, dolido en lo profundo por realidades adversas, cuyo único remedio está justamente en hablar de ellas, en traerlas a público examen, en provocar reacciones de claridad inteligente y de suave cordialidad, en contribuir a que se afloje la contracción recelosa de los ánimos, que vuelve a las gentes opacas e impermeables. Clara como el agua es la demostración de Alonso de que el destrozo del habla no lleva a ningún resultado de tipo nacional ni original, y de que lo argentino necesita, para magnificarse, precisamente no achabacinar ni triturar su instrumento expresivo. Sólo en el acento local, no en el desbarajuste, debe sentirse el latido de la propia cultura, que eso es lo nacional.

Da en qué pensar el hecho extraordinario de que sea compatible la existencia de ciudades grandiosas, de aspecto ecuménico, con un espíritu de rústico estrechamiento, con la ausencia de normas reguladoras. El desarrollo desmesurado de lo económico, la tecnificación descomunal,

viene entonces a valer tanto como la ausencia de toda técnica.

En la misma revista en que se comentaban tan excelentes razones, reproduce yo unos artículos míos, publicados en *El Sol* de Madrid, en 1927, en los que había analizado la anarquía lingüística de Buenos Aires, desde un punto de vista paralelo al de Alonso, sin que a él llegara conocimiento de ello. Mencionaba allí un pasaje expresivo de la revista *El Hogar* (28 de setiembre de 1923), en que se aludía a un profesor español:

"¿Acaso nos parece ociosa la obra del Sr. X? No, por cierto. Pero hay algo que nos hace mucha falta, y que él no podrá enseñarnos: hablar un fluido español de entrecasa, como el que hablan casi todos los españoles. Los españoles cultos que nos visitan, cuando no ocupan la tribuna o la cátedra, cuando se sientan a nuestro lado en el café, nos hablan en ese español familiar, cuyos giros son tan felices y cuyas imágenes son tan expresivas. Cuando pensamos que eso ellos no lo han aprendido en los libros, sino en el hogar y en la calle, nos quedamos descorazonados. En los li-

bros no podemos aprenderlo, y en el hogar y en la calle mucho menos. Nuestro lenguaje familiar y popular es pobre y descolorido, y nos asiste mal en la expresión del pensamiento. Tendríamos que decidirnos a hablar el lenguaje familiar de los españoles, tan vivo y tan pintoresco. Pero nos parece que la única parte donde podríamos aprenderlo sería en el teatro. Si a nuestros autores nacionales se les contagiase algo de él, y lo pusieran siquiera en boca de los personajes, nos prestarían un buen servicio. Por supuesto, no querrán prestárnoslo”.

La anterior cita ilustra la cuestión lingüística en la Argentina más que cualquier análisis frío y conceptual. Su tono íntimo y noble descubre un aspecto esencial del problema, del señalado tan abiertamente por Alonso: rotura de frenos y de normas. En lo anterior, como en otros escritos que habré de mencionar, se suspira por ellos.

La misma revista *El Hogar* llamaba la atención sobre otros aspectos no menos capitales:

“Nos avergonzamos de nuestra ‘cotidiana verba’. La tendencia actual es que

174

Los escritores de selección escriban en un ‘español preciosista’, el cual ni es el español acriollado ni el habla impecable de los vallisoletanos. El habitante de España nace en un medio saturado de giros y modismos de una extraordinaria frescura y belleza. Sorprende en un aldeano hispano su modestidad lingüística, tan llena de sorpresas en los giros y en la manera de aplicar los proverbios de muy remoto abolengo... La pobreza espiritual de nuestro medio no da para un lenguaje así majestuoso ni en extremo florido; el ambiente bonaerense es de recia lucha por el dinero y sus derivados; es también producto de una penetración asaz dificultosa de psicologías tan opuestas como pueden serlo las razas hispana e itálica”.

El hecho se ofrece, pues, con perfecta nitidez. En el fondo, todos reconocen que la lengua panhispanica, con su admirable riqueza y su elástica soltura, es un instrumento maravilloso: la entienden unos cien millones de gentes, y al emplearla, nadie con plena posesión de ella vió cohibida su originalidad. Mas ante ese evidente hecho no todos reaccionan del mismo modo. Es perceptible la premura por destacarse dentro del complejo hispanoamericano, al hilo

de la tensión vital que la Argentina demuestra poseer. Obligada aún a recibirlo casi todo del extranjero, en peligro de anegarse en su heteróclito cosmopolitismo, busca con anhelo el menor rasgo diferencial en que sustentará íntimas singularidades. Posición delicada, si se exagera, que puede volver *estática* la actitud dinámica, al suplantarse el *hacer* por la contemplación del mero *existir*. Por esa vía, el idioma se torna un fin absoluto, deja de ser medio. Así puede surgir un estado morboso, vidas preocupadas por sus propios gestos y ademanes, casi una neurastenia colectiva.

Hay argentinos, incluso con relieve intelectual, que declaran ser su lengua el "argentino", aunque no insistan mucho en ello al expresarse con la pluma. Otros, de discurrir más atropellado, predicaron hace años el evangelio del "lunfardismo" (el argot de la chusma), sin miedo a hundirse en la ineficacia y a caer en tópicos de un avejentado romanticismo. Motivo para esta última ingenuidad fué el sinsabor de no poder manejar sueltamente un idioma, que dominarían a maravilla al decidirse a olvidar el complejo de timidez y vanidad que los agarro-

ta, y si fuera posible que las "normas" comenzaran a tener vigencia.

Se ha notado a menudo la corrupción del habla estudiantil, con jergas que ni reemplazan al castellano, ni permiten mantenerlo a un nivel de viabilidad social. El Sr. Herrero decía en *La Nación* (27-II-1927) que los defectos de pronunciación, "unidos a una pobreza franciscana de léxico, hacen de cada presunto bachiller un ente mecánico e inexpressivo". Se oyen frases como ésta: "Vení en casa hoy, que yo voy de vos mañana". Y añade algo que está muy de acuerdo con lo que en varias ocasiones hemos dicho: "Podría parecer una exageración el hecho de querer reducir a términos patológicos el fenómeno normal de la inexpressividad de la lengua en labios de innumerables jóvenes estudiantes; pero no sería raro que un estudio de ese carácter diera por resultado el probable descubrimiento de una dislogía congénita en las novísimas generaciones. ¿Qué son sino manifestaciones de tal índole las frecuentes estoglosias, el tartajeo, el acento áfono?". Según el Sr. Herrero Mayor, la conversación en el patio del colegio recuerda extrñamente la del otro patio de Monipodio, gracias a la "novísima, arti-

ficiosa y absurda jergonza lunfarda, lo más confuso, inexpressivo y pobre que como instrumento verbal se haya empleado en parte alguna. Y sin embargo, ésa es la huella que tienta constantemente y sigue por natural impulso el jovenzuelo que moldea su personalidad, su hombría, más allá de los muros del colegio, a cuyo umbral llega, atiborrado de vulgarismos, de expresiones innobles, de giros torpes, que resuenan después en las aulas con eco de extinguida argentinidad”.

Para la intelección del hecho lingüístico bo- narense, fundado más en disposición espiritual que en elementos inmigratorios reducibles a cifras, es importante el dato que todos conocemos y que autorizadamente alega el Sr. Herre- ro Mayor: muchos profesores sienten el pudor de hablar correctamente; los cuales muy a me- nudo carecen de la información necesaria so- bre tales materias, añado ahora. En 1940, Bue- nos Aires posee multitud de jóvenes con excelente educación lingüística, adquirida en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras, en el Instituto del Profesorado o, más especia-

listamente, en el Instituto de Filología. A pe- sar de ello, “son muchos los docentes de caste- llano que no han hecho estudios de esta clase: abogados, médicos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, etc.”¹⁾. Mas oigamos al Sr. Herre- ro Mayor:

“El enseñante que adquiriera ese ridículo sarampión no logrará nunca hacer efec- tiva la difusión de los medios expresivos del lenguaje. En el mentado “pudor” se estancan cientos de voces y expresiones castizas de uso corriente en distintos paí- ses de habla española, y que por su gracia y grado significativo forman un conside- rable elemento, de variedad y donosura indiscutibles. Si ello fuera posible, aquí mismo habríamos de enumerar gran can- tidad de vocablos hurtados a la lengua por el maestro, y cuyo valor o significado se excluye de la clase por prohibirlo un pudor... nacionalista”.

He aquí el estado de la cuestión que con tan- to motivo inquieta a muchos argentinos. Todo problema lingüístico es siempre un punto cru-

1) Consultase: Amado Alonso, en la *Revista de Filología His- pánica*, 1940, II, pág. 56.

cial de la psicología individual y de la colectiva. Las fuerzas morales, con el cargo de dirigir la cultura argentina, podrían contrarrestar tal invasión de ñoñez bárbara, inculcando la idea de que la nacionalidad no afecta al hecho de que los argentinos se expresen dignamente: puede haber esclavitud con un idioma no hablado por otras naciones, y altiva independencia con habla común a varias. Sospechamos, sin embargo, que la resistencia a toda guía espiritual, el prurito de anarquía, va a hacer muy difícil que se logre el intento de los más citados. Hubiéramos esperado que, al aparecer el libro de Amado Alonso acerca de los graves problemas que el habla presenta en Buenos Aires, esa obra espléndida hubiese provocado una adhesión automática por parte de quienes dirigen la enseñanza nacional, al mismo tiempo que serviría para orientar a todo argentino con luces. Porque Alonso no se ha limitado a emitir doctrinas en forma general, sino que ha publicado además una Gramática Castellana (en colaboración con el Sr. Henríquez Ureña) que en mi opinión significa para los países de len-

gua española lo que la Gramática de Andrés Bello fué hace un siglo. Por desdicha, la acogida dispensada a lo que ha debido mirarse como un don excepcional fué en parte hostil. La Gramática citada se había hecho en armonía con unos programas escolares de enseñanza del castellano, a tono con el buen sentido y con lo exigido por las circunstancias idiomáticas en que se halla la Argentina. Pues bien, tales programas han sido rehechos, destrozados, por gentes nada versadas en asuntos lingüísticos. No se ha querido inaugurar una tradición fecunda. Se ha preferido volver al surco del desorden inepto, con lo cual los niños argentinos no reformarán sus nociones sobre el lenguaje español, único instrumento expresivo a su alcance. Se ve, por consiguiente, que el estado social en este caso es mero reflejo de la voluntad, de la "noluntad" de quienes pretenden dirigir la educación nacional.

Sobre las razones para anular los programas inteligentes da alguna noticia la *Revista de Filología* antes citada:

“Esos programas fueron recibidos des-
igualmente. Los profesores que tienen es-
tudios adecuados los acogieron en su ma-
yoría bien”. Los otros — es decir, los den-
tistas, farmacéuticos, etc. — protestaron.

“Los programas nuevos exigían cierta
preparación técnica en la materia (aunque
todavía mucho menos que la requerida
por los programas de Fisiología o de Qui-
mica) y romper con la venerable rutina;
no es sorprendente que hallaran sorpresa
en unos, en otros resistencia pasiva, en
otros aversión activa. Bien es verdad que
en los tres años que han estado en vigencia
han ido ganando también entre ese profe-
sorado adventicio muchísimos adeptos.

“Los comentarrios (sin firma) en un par
de los grandes diarios de Buenos Aires fue-
ron muy agresivos e insistentes; y como es
norma general en nuestros periódicos no
publicar comentarios contradictorios sobre
un mismo tema... no se publicaron en
ellos ni rectificaciones ni críticas positivas
de los programas.

“Los ataques eran de dos clases: unos
decían que se exigía mucho esfuerzo a los
alumnos con tanta lectura, composición,
etc. Por desgracia, esos reproches se apo-
yaban en una depravada doctrina peda-

gógica, endémica entre nosotros, que pre-
tende formar a los ciudadanos dándoles la
cultura como disfrute gratuito. La otra
clase de críticas se dirigía a la parte gra-
mática; y eran de esta especie: “la pala-
bra *predicación* está mal empleada, por-
que en castellano significa la del púlpito”...
O: “esos programas presuntuosos que su-
mian a los alumnos en los abismos del su-
jeto y del predicado...”

Los hechos anteriores, junto a otros que des-
pués se mencionarán, significan que nos halla-
mos frente a un constante prurito de rebeldía
respecto de cualquier norma o magisterio, con
desdén para su valía y su santa eficacia. Hay
rebeldías huidizas que pisotean la norma sin
alardear; otras duplican la indocilidad jactán-
dose de ello y enmascarándose en aplomo y se-
guridad del todo insinceros. Para mí, en esto
radica todo el problema lingüístico de Buenos
Aires, en lo que tiene de pernicioso y negativo
salvando, por supuesto, con el mayor optimis-
mo, mi fe en la realidad y en el futuro de la
literatura argentina como producto de una ex-
celsa y acendrada minoría. Lo que nos desplace

e inquieta a muchos argentinos y a mí mismo es resultado directo de determinadas actitudes vitales, que van tomando diverso aspecto en hechos históricos, al parecer distintos, aunque en última instancia idénticos.

Con gran tino, Amado Alonso reduce a cuatro los motivos determinantes del desbarajuste lingüístico en Buenos Aires:

1. Plebeyismo universal del momento presente.
2. Ruptura de la tradición idiomática en toda Hispano-América.
3. Tardía importancia de la Argentina como colonia.
4. Colosal aumento de Buenos Aires merced al aluvión inmigratorio.

"Lo que pone a Buenos Aires — dice — en desventaja frente al resto de Hispano-América (incluyendo España), es su increíble crecimiento por aluvión, y su condición de campamento colosal, en cuya vorágine, la pequeña minoría que mantiene la tradición de la lengua culta está desperdigada y apenas tendida en cuenta" (pág. 139). "Durante los dos siglos primeros de la colonia, sobre todo donde no

estaban las cortes virreinales, hubo una especie de ruptura (o desatadura, mejor dicho) de la tradición idiomática" (pág. 125). El español en América "en vez de sentirse preso y sostenido por aquella aprurada urdimbre social de España... ahora se ve frente a la inmensa y nueva naturaleza de América, a solas con ella" (pág. 130). "Los españoles reunidos aquí se desurbanizan" (pág. 135).

Es inegable que todo fué y es del modo que Alonso lo dice. Por mi parte sólo desearía coordinar funcionalmente los elementos de tan buena demostración. Estimo, por ejemplo, que el desquiciamiento introducido por los inmigrantes se debe menos a su presión numérica y a su acción mecánica que a la manera de ser del país que los acoge y a la previa idea aportada por el extranjero, tan torrencialmente vertido sobre las márgenes del Plata.

Desde lejos husmeaba aquel la clase de mundo hacia donde enfilaba su ventura. Sarmiento, testigo pasional del auge inmigratorio, escribe en 1883:

"La República Argentina, por la composición de su población, no es más *cosmopolita* que los Estados Unidos, poblados lo mismo que estos países. Por medio millón de europeos que habitan este país, hay seis millones en los Estados Unidos, sin más diferencia que allá se amalgaman a la masa desde que llegan, y quedan asimilados a los yanquis, mientras que aquí permanecen largo tiempo formando o llamándose colonias extranjeras, y, por tanto, extrañas al país". (*Condición del extranjero en América*, pág. 214). "En los Estados Unidos, de los trescientos mil inmigrantes que llegan al año, los doscientos cincuenta mil hacen luego su declaración de ciudadanía: las tierras públicas no se dan sino a los ciudadanos. En la República Argentina, de los cuarenta mil que llegan anualmente, *ninguno* toma carta de ciudadanía, porque hace, al parecer, más cuenta; y en los años posteriores, cuando ya se siente la necesidad de ser patriota, el ejemplo de los que le precedieron, las instancias y lecciones de sus compatriotas le hacen desdeñar tal carácter de ciudadano, aprendiendo a saborear las ventajas de no serlo y a enorgullecerse de saber que hay al otro lado del Atlántico un país cuyo

nombre puede servir para entretener, disimular o extraviar los impulsos del patriotismo" (pág. 128).

Todavía hace unos sesenta años las colonias extranjeras en Buenos Aires vivían su propia vida, desdeñaban la autoridad legal del país, se mostraban altaneras, hasta el punto de escribir Sarmiento: "¡A este grado de desverguenza han llegado las autoridades de las colonias, encargadas de velar por la defensa de sus nacionales!" (pág. 173). Así pues, lo esencial de la historia parece consistir en la modalidad argentina existente antes de la llegada de los grandes contingentes de extranjeros, modalidad fundada en la ausencia de auténticas jerarquías y en el goce, un tanto perverso, de que no las haya. No pensaba yo así al escribir en 1927:

"Lo más grave es que el lenguaje familiar y vulgar se viera invadido por una jerga inmigratoria del tipo de la "lingua franca" de las escalas de Levante, formada por el detrito de dialectos incultos, como el genovés o el caló hispano-portugués. Los inmigrantes españoles han sido en gran medida campesinos de regiones dialecta-

les sin bastante ilustración, que lejos de reobrar contra tal ambiente fueron absorbidos por él". Ahora no pienso que lo más grave, es decir, lo decisivo histórico, fuera la inyección de extranjerismo plebeyo en el habla porteña, sino el que tal hecho fuera posible; en suma, el que no se hubiera atajado, o luchado brava y dignamente por atajarlo. Puede ser que mi explicación desborde el campo lingüístico, pero aspira a no dejarlo descubierto.

La riqueza argentina tuvo que ser desenvuelta gracias a la inmigración —grandes capitales, ferrocarriles, telégrafos, muelles, etc.— según nota Sarmiento, que sabía de eso; y añade: "medios que empleados por Chile, Brasil y otros Estados, sin el auxilio de la emigración, han desenvuelto riqueza, aunque no en la escala que la República Argentina" (pág. 331). Se ha observado, por tanto, que algo peculiar acontecía en la Argentina. Hablar de ello me parece necesario.

II

Arturo Capdevila es autor de un libro lleno de emoción y de profundo sentido sobre el tema que ahora a mí también me apasiona un poco: *Babel y el castellano*. Quienes conocen el español hablado en América no ignoran que el vos en lugar del tú fué muy general, y subsiste todavía en muchas partes, aunque cediendo terreno, y evitándose su uso entre personas cultas. Pedro Henríquez Ureña analizó tal fenómeno, histórica y geográficamente, en la *Revista de Filología Española* (1921), ampliando lo dicho por R. J. Cuervo en sus *Apuur-taciones*¹⁾. Capdevila subraya, por su parte, que "México y Lima fueron y son las grandes

1) El más completo estudio del voso se encuentra ahora en el libro de Eleuterio F. Tiscornia, *La lengua de Martín Fierro*, Buenos Aires, 1930.

tica con el calco de realidades juzgadas pintorescas, y que el estilo literario pierde carácter de auténtico presente para volverse "pastiche" y sostenido disfraz. Por ese camino el alma argentina no se hallará nunca a sí misma, porque no es ningún hallazgo el encontrarse estrechado entre el mito ya pueril de la vida agropecuaria y la melancolía del tango —tema de la derrota íntima, de la huida de sí mismo, antes siquiera de trabar pelea. El tango es la sublimación melódica del "no te metás" argentino, del regate a la vida. Por eso encanta la escapada simbólica de Don Segundo Sombra, hermoso ejemplar de energías y posibilidades represadas, hundidas porque sí en un desvanecimiento de ocaso. Hay que decirle a Don Segundo que no sea "zonzo" y que no se nos vaya; sus poderes y sus eficacias nos son más urgentes que su gusto por estumarse tras cualquier horizonte, jugando a un pueril escondite. Si no se decide a volver, sería muy nocivo convertirlo en el héroe literario de la hora presente, como arquetipo para todos los frustrados.

IV

De la misma raíz vital que la gauchofilia proceden los esporádicos anhelos de una lengua propia, nacional; ya es un síntoma estilístico que el español o castellano hablado en la Argentina se haya denominado oficialmente lengua nacional. En los países iberoamericanos surge parecido tema alguna que otra vez, aunque más bien conversando que por escrito. Poco nos interesa ahora el fundamento objetivo de tales anhelos, ni su nulo peligro para la unidad hispánica del lenguaje. Lo que importa es percibir el motivo íntimo de esa búsqueda de instrumentos expresivos, distintos del espléndido que cada uno tiene al alcance de su boca y de sus ojos, si practica la lectura. El motivo

no puede ser otro que el descubierto antes al examinar la gauchofilia literaria, en relación con el melancólico tango y con Don Segundo Sombra: descontento íntimo, encrespamiento del alma al pensar en someterse a cualquier norma medianamente trabajosa, escapada, escapada vital so cualquier pretexto. Se trata de crear argentinidad, por sospecha de que aún no existe como evidencia indiscutible —lo cual, sea dicho de camino, es un error, puesto que la argentinidad, lo rioplatense, está bien manifiesto en la obra magnífica de quienes prefieren hacer a imaginar, y la mejor manera de acrecentarlo es no estar dándole vueltas, morbosamente, al hecho de si existe o no existe.

La morbosa preocupación de la lengua nacional ha revestido aspectos diversos. Se manifestó por primera vez en forma ostensible con el olvidado libro de Lucien Abeille, *El idioma nacional de los argentinos*, 1900, escrito para lisonjear al criollismo en las proximidades del centenario de la independencia. Aquel buen francés hacía consistir lo "argentino" en decir *pior, vos tenés, solpiar, maca-*

na, etc. Sorprende que tales infantilismos hallaran eco entre algunas personas. El desconocimiento de los asuntos idiomáticos era casi total tanto en América como en España, con la diferencia de que en España los debates gramaticales daban ocasión a charlas descosidas en las tertulias, y en el Plata se nimaban de emoción nacional. Mas la verdad es que argentinos fueron quienes enterraron en ridículo el libro de Abeille, que no volvió a editarse más. Ernesto Quesada, en *El problema del idioma nacional*, 1900, demostró que el orgullo nacional consistía justamente en conservar la lengua de los antepasados y que el "argentino" del Sr. Abeille era un inocente pasatiempo. Claro que la idea de que la lengua rústica iba a ser un día el lenguaje argentino no debió germinar en la sola cabeza de Abeille. Mas el absurdo era tal, que en adelante la gauchofilia únicamente pervivió como mito de nacionalidad literaria, mas no lingüística.

Años más tarde comenzó a percibirse que después de todo, si la lengua de los campos nada tenía de peculiarismo argentino, la jerga

de la chusma ineducada, no asimilada en su extranjería o sencillamente presidiaria, podía servir al propósito de fraguar una lengua nacional. Al pronto esto parece un caso de pervisión, digno de ser tratado en un sanatorio; aunque contemplando atentamente el hecho, descubrimos que lo decisivo vuelve a ser aquí la actitud anhelante, y no los complementos con que se pretende integrarla — deseo, en suma, de escapar a lo inmediato, a uno mismo, yéndose a París, a la estancia, forjando sueños a base de gauchos y boledoras, o divagando al ritmo de un tango, o soñando en fraguar una lengua original, compuesta de "lunfardo" y de vocablos vueltos del revés. La cosa es no estar en sí, salir de sí mismo, en arrebatos de añeja y un tanto desorbitada hispanidad.

Por razones antes expuestas, el argentino se ha encontrado con un idioma conversacional angostado y pobre, que el ambiente ciudadano no ha sabido remozar trayendo a uso espontáneo y grato lo enseñado por la literatura, la escuela o el teatro. Al mismo tiempo que la lengua literaria de los argentinos seguía con

alto y original prestigio el desarrollo del idioma en España y en los restantes países de su habla, el lenguaje familiar y vulgar mantuvo, de una parte, su carácter añejo ("veni", "vos tenés", mucho léxico arcaico); de otra, introdujo innovaciones erróneas, como "la manito" (manita); y, lo que es más grave, se vió invadido por una jerga inmigratoria del tipo de la "lingua franca" de las escalas de Levante, formada por el detrito de dialectos incultos, como el calabrés y el genovés, o el "caló" hispanoportugués. Los inmigrantes españoles han sido en gran medida campesinos de regiones dialectales sin bastante ilustración, que, lejos de reobrar contra tal ambiente, fueron absorbidos por él. Muchos gallegos han aprendido en la Argentina el único castellano que conocen.

En estos últimos años ha aumentado la cifra de los argentinos; pero los italianos (tal vez un 15 % de la población total) han ido creciendo en proporción semejante, sin que contemos además los eslavojudíos, que hablan su yiddisch; los sirios y quién sabe qué otras razas.

A lo largo del siglo pasado⁹⁶ fué surgiendo la jerga lunfarda, a base de "caló" y dialectalismos italianos. En principio era sólo el habla de los delincuentes (véase Dellepiane, *El idioma del delito*, 1894), algo parecida a la "coa" de Chile, a la "giria" brasileña y a la germanía de España, estudiada por Besses, Saillas, M. L. Wagner y otros. De tan infima extracción es también el "cocoliche", "argot" hispanoitaliano practicado a orillas del Plata por algunas clases bajas. Esas hablas múltiples, movedizas y arbitrarias, formadas a menudo con palabras vueltas del revés (como la germanía de los jaques quevedescos), cuenta voces tan inteligentes como "davi" (vida), "zabeca" (cabeza), "timpeco" (copetín), etc. Círculos amplios adoptan más o menos esas palabras, las prefieren los escolares, y, para algunos, hacia 1927, parecían el pedestal sobre el que debiera alzarse el futuro gran idioma de los argentinos, reflejo de su alma. El lunfardo tuvo antes cultivadores (ya se supone para qué clase de literatura) en Fray Mocho y Félix Lima; luego el apóstol de la nueva fe lingüística fué Last

Reason, quien dió en *A rienda suelta* una serie de narraciones de la vida en los arrabales porteños. Veamos el programa de la nueva lengua según un popular diario (16-VI-1927): "Del arrabal sale, en verdad, buena parte del sentimiento que se desborda sobre esta ciudad, tachada de cartaginesa; del arrabal surgen las voces tristes que cantan las penas hondas y las voces ásperas que gritan sus rabias y sus broncas [muy original]. Si hay algo que vibre y sangre en Buenos Aires, ese algo no está precisamente en el asfalto; y saliendo del asfalto está el suburbio [lo mismo acontece en todas las grandes ciudades de la tierra], el arrabal, el alma, porque el alma porteña está donde terminan las cortinas metálicas y se agachan las casas y suena lamentablemente el organito. Buenos Aires, carente de su léxico característico, sería una ciudad europea, cosmopolita y sin carácter [no parece sino que son iguales todas las ciudades europeas, o que su originalidad se funda en el "argot" respectivo]. ¿Que es bárbaro e infonético el chamuyo al uso nostro? Lo sé. Ellos, los doctos, tienen razón; el

pebete ['niño'] es tan feo, que no se animan a encajarle un beso en el escracho ['cara fea']. Y, sin embargo, también nosotros tenemos razón, porque el pibe ['múchacho'] es hijo nuestro. El purrete ['chaval'] crecerá, se hará bonito, se hará hombre, y un día, algún día, entrará por la puerta grande de la historia de los pueblos, hablando en alta voz un lenguaje florido, gráfico, musical, vibrante de verismo, y ese idioma será el producto de esta parla inarmónica, bastarda, rea, que hoy les quema la boca a los doctores, y mañana será la bocina poderosa que grite a las naciones carcomidas y decrepitas el advenimiento de una grande y gloriosa nación".

Perfectamente. Columbramos en lontananza intérpretes afanosos vertiendo a las pobres lenguas que aún subsistan los aerogramas de "Lunfardópolis" en el idioma cuyos cimientos — nuevo Dante — puso el Sr. X. Con gran trabajo se averiguará que "pelpa" es papel, y "zabeca", cabeza. Pero completemos la visión con otros textos del Sr. N. F. en el mismo diario: "De aquí a unas décadas, cuando la Ar-

gentina llegue a sobrepasar en población a la misma España, y sin duda alguna en importancia mundial, el lunfardo depurado [es decir, con las letras puestas en su sitio], patois hispanizante [menos mal], será ese idioma preciso, rudo, con caídas sentimentales y muchos matices picarescos [¡ah, diablo!], que está ya en vías de tejerse, sobre todo en el conventillo ['casa de vecindad'], en los sitios de placer, en los barrios cosmopolitas y en suburbios de ciudades altamente industrializadas, como Avellaneda y la Boca".

Hubo argentinos, por lo visto, que juzgando insignificante hace unos trece años su patria de hoy, sintieron comazón por asombrar al mundo, sin calma ni fantasía para representarse desde ahora la originalidad de su país basada en acciones valiosas, de trascendencia universal, único sustento de grandeza, desde que el mundo es mundo, en aquellos pueblos que lograron conquistarla. Ciertos argentinos, al parecer un tanto ociosos y aprovincianados, pasaron su vida soñando en finchadas grandezas, partiendo del color local de la vida su-

burbana: canto melancólico, tanguito, organito, bronca. En resumen: *El santo de la Isidra* y demás ambiente de género chico, con sus chulos organilleros (en Buenos Aires, el compadrito) y su palabreo desgarrado de barrio bajo, correspondiente a los madrilenísimos: "so pasmao, chorré, divé, chaval, pinreles, cli-sos, estupen, nos ha amolao, bural, que te lo has creído" y demás expresiones que nadie piensa abonden en los senos profundos de la espiritualidad española, ni que descubran misteriosas y agrimelancólicas perspectivas.

En el exótico contemplar de esas bellezas porteñas, pensando que la cadencia del tango era cosa jamás vista ni oída, creyeron algunos poder reemplazar todo el trabajo que dejaban sin hacer a favor de su patria en el campo, en la fábrica, en el laboratorio, en la universidad, en el libro fuerte y novedoso. Felizmente, hay en la Argentina quien labora por ellos, sin pensar que el hallazgo científico, la novedad ideológica, o artística, hayan de ser expresadas en la lengua que nacerá dentro de varias décadas. Justamente, en todas partes las cosas impor-



tantes se han dicho en la lengua que se tenía a mano, la cual ha sido considerada como importante por eso y no por otra cosa; a nadie se le ocurrió hasta ahora fabricarse *a priori* una lengua para luego expresar en ella las novedades. Es lo de "partamos para la guerra de los treinta años". Pobres argentinos, si para "ellos mismos" tuvieran que aguardar a manifestarse en el remoto futuro mediante esa lengua de la ínfima chusma. Hoy se requiere más prisa, y es raro que de la rápida América hayan surgido insinuaciones de ritmo tan centroasiático.

Como hemos dicho, la mayor parte del "lunfardo" (que es ya una palabra dialectal italiana) se abasteca en los dialectos y jergas italianas. Se crea así un lenguaje flotante, extraño para muchos, que incita a la creación individual, a un espíritu verbalista, análogo al de ciertos ambientes andaluces en donde se vive pensando y haciendo chistes como gimnasia del ingenio. El lunfardo, con sus inversiones de sílabas y sus ampliaciones arbitrarias de cualquier sentido, cultiva y provoca la anarquía. Se piensa más en la manera de decir, que en la



cosa dicha. Prospera entonces una sensibilidad muy elemental: se trata de evitar la "cachada" ["tomadura de pelo"], y de "sobrarlo" al "cachador". La continua desconfianza, el recelo aldeano vuelven a reflejarse en todo ello.

La contraprueba de que al lunfardo se va por simple afán anárquico se halla en las explosiones ocasionales de quienes creen que de ahí, de ese ható de zafias puerilidades, puede salir un idioma propio. De una revista, impresa muy pulcramente, como los siguientes párrafos, posteriores en diez años a los textos antes mencionados:

"Nunca nos parecerá suficiente insistir que nuestro idioma es el argentino, el que hablamos, sin importársenos de las academias filológicas, las de baile, de cocinar y tantas otras. Que a la larga acaban por incluir en sus apollados diccionarios nuestros argentinismos" (15-V-1937). "Nosotros insistimos en que nuestro idioma es el argentino, idioma que se abre paso a través de la maraña babilónica que nos rodea" (30-VIII-1937).

Lo extraño es que eso se diga en tan buen

102

Cervantes y Soler.

414

español; y lo único claro en tales palabras es el tremendo complejo de superioridad-inferioridad que las inspira y que en ellas humea.

En los ejemplos anteriores hemos visto manifestarse el sueño de la lengua propia, a base unas veces de rusticismo, y otras, tomando como pie el hecho de que en Buenos Aires se use una lengua asaz babilónica. Mas la prueba última de que se trata exclusivamente de una actitud previa, formal, en busca de cualquier sostén, es que la aspiración a poseer un idioma independiente surge en otros lugares del Plata como un pío desco lanzado a los aires, como afirmación abstracta y a la vez confusa.

Un uruguayo, muy distinguido intelectualmente, dice así: "Habría que convenir que América es un hecho nuevo que, para exteriorizarse y fijar su posición en el gran torbellino del mundo, ha de precisar un día *un idioma propio*, ennoblecido, desde luego, con la tradición hispana que llega hasta nosotros, expiente, con su carga de siglos" ¹⁾.

1) J. Pradera Runkiewicz, *Nuevo sentido de la poesía ranchera*, en "Historia sintética de la literatura uruguayana", Montevideo, 1931, III, 17.

188

El Sr. Pereira hablar de América, en general, supongo que de Hispano América, y que al formular su sentencia, no piensa en las tres grandes lenguas que hoy se reparten el continente, es decir, que no aspira a que el portugués y el inglés hayan de desaparecer con el castellano de América. Pero en ello volvemos a encontrar algo propio del Plata, porque no conozco manifestaciones de tal radicalismo en los restantes pueblos hispánicos. Lo curioso es que se anhela un medio nuevo de expresión, por tanto ininteligible sin graves estudios para los demás hispanos, antes de saber claramente qué se va, o qué se aspira, a expresar. Basta tener presente, para entendernos en seguida, que siempre que alguien tuvo que fijar de veras su posición en el mundo — nada menos —, acudió a la lengua que tenía más a mano, y no se le ocurrió forjar una, ni suspirar por ella. Santo Tomás, que define en sus cimas el pensamiento medioeval, escribió en latín, y no en italiano, porque aspiraba a que lo entendiera el mayor número de gentes. Por las mismas razones Lutero puso la Biblia en alemán. Descartes escri-

bió a veces en francés y a veces en latín. Spinosa, en lugar de usar el español o el holandés, escribió en latín. Leibniz, alemán, usa el francés y el latín. Bajando de esas cumbres dramáticas del pensamiento, hoy día es general que las gentes escriban en la lengua que mejor saben, la cual enriquecen y perfeccionan si lo que en ella escriben vale la pena; lo que hay por tanto es que conocer bien algún idioma. El polaco Conrad enriqueció la literatura inglesa con su prosa; lo mismo ha hecho el español Santayana; el uruguayo Supervielle se expresa en francés; etc. En suma, los idiomas nuevos no nacieron nunca en tiempos de letra impresa y de comunicaciones, sino en medio de la más siniestra, rural y astrosa barbarie. Todas las declamaciones acerca del añorado idioma rioplatense, o lo que sea, sólo tienen como valor el reflejar el estado psíquico de quienes las formulan.

Tal afán de peculiarismo es, por otra parte, una de tantas formas de la "antifilia" hispana, del ser anti-esto o anti-aquello, del combativismo abstracto aniquilador del propio país;

189

la persona, o el partido político, o la gran co-
 lectividad no son sino el hueco que en ellos
 produce el no ser lo de enfrente. Cuando se
 es algo claro y definido, no hay que buscarse
 la personalidad o intentar situarla contra esto
 o aquello. La consecuencia es que la procura
 afanosa de singularismo, de originalidad for-
 zada, es un modo de complejo de inferioridad
 o de resentimiento. Yo sigo encontrando en
 todos estos fenómenos la huella de unos siglos
 desbandados, desmandados, sin hábito de res-
 petos o jerarquías. Gobernadores contraban-
 distas, pobretería, ausencia de prestigios tra-
 cendentes, riqueza súbita, gauchaje anarquiza-
 do, montoneras, dictaduras, las provincias
 contra Buenos Aires... Como hemos visto,
 como han visto también Alonso y Mallea, no
 es únicamente la inmigración plebeya la que
 ha mancillado la noble tradición lingüística de
 la Argentina, sino la ausencia de rumbos pro-
 tectores. Por eso, gauchismo y lunfardismo,
 en planos distintos (menos rebajado el gau-
 chesco, desde luego), responden a idéntico sen-
 tido histórico. Añadiría que dentro de tal

106

problemas de la Argentina

marco cabe la prosa infectada de galicismos del
 siglo XIX finalizante, que revela en el escritor
 falta de rumbo y de autoridad; no obstante
 lo cual algunos franceses lisonjeros pretendie-
 ron que la lengua argentina adquiriría así una
 soltura y agilidad de que carecía el estilo den-
 tro del marco hispano, como si el escribir sin
 ton ni son, e ignorando el valor de los vocablos,
 pudiera llevar a ninguna lejana meta.

Tal estado de cosas podrá remediarse o pa-
 liar-se en la medida en que las generaciones jó-
 venes se decidan a tomar posiciones respecto de
 tan espinoso y complejo asunto, que es indepen-
 diente de toda política, que es anterior y pos-
 terior a cualquier política. Las discusiones en
 torno al lenguaje usado en la Argentina han
 solido consistir a menudo en críticas acerca de
 las incorrecciones de gramática y vocabulario
 en que incurrían los doctos y los semidoctos.
 Hoy me preocupa más percibir el sentido de
 tales hechos y proveerlos de una perspectiva
 histórica. Claro que la ciencia en este caso no
 puede ser averiguación fría, interesada mera-
 mente en fijar la exactitud de unos resultados

107

problemas de la Argentina

198

que acaban por dejar herida la propia sensibilidad del científico. A los países-rioplatenses les incumbe, les está incumbiendo, una misión continental, que un día será mundial, como zonas esenciales de la cultura hispánica. Se ha producido en ellos un magnífico brote literario, científico y vital. Muchos escriben y piensan allí con un rigor y una originalidad que abre el ánimo a las más altas esperanzas. No puede, no debiera, la vulgaridad de tipo masa reducir a islotes y a estrictos lagos lo llamado a ser amplia corriente y vasta extensión, a donde no alcanzan "pingos, fletes ni redomones". Con el localismo ingenuo y pintoresco no se camina lejos. Es problema al que valdría la pena que la despierta juventud rioplatense dedicara atención y amor.

Contemplando el hervor brillante de la ciudad de Buenos Aires he pensado a menudo en cuán deficientes son aún nuestros supuestos acerca de la formación y vida de las lenguas, y qué gran descuido revela no observar el idioma que se forma y vive a nuestra vista. Se ha concedido importancia desmesurada a los

dialectos arcaicos, al matiz fonético de vocales y consonantes, y no se ha pensado con igual intensidad acerca de cómo vivían y por qué vivían los portadores y transformadores de tales sonidos. Los lingüistas sabios se desparatan el cerebro investigando el preindoeuropeo, del cual no se obtienen sino espectros de palabras casi siempre muy dudosas, sin fondo humano a que referirlas. Que tales problemas se planteen es normal y laudable; lo que extraña es que no se aplique la misma o mayor atención al habla de la calle en Londres, Nueva York o Buenos Aires, en donde es posible percibir — por cierto no sin mucho trabajo — el sentido vital, trascendente, de todo aquel aparente caos. A medida que se retrocede en la historia, o al avanzar hacia las regiones rústicas de dialectos anquilosados y sin literatura, el lenguaje va tomando carácter cada vez más espectral, y tenemos que conceder a los fenómenos de superficie importancia quizá desmesurada.

Legra
Cavare

lengua literaria, de la cual no trato ahora especialmente. La falta de armonía entre la capital y muchas extensas zonas del interior es otro hecho revelador de la forma extraña en que se ha desenvuelto la historia argentina. Aun no ha mucho en Córdoba, Corrientes, Mendoza o Salta se oía el hispanoamericano que denominaría normal: seseo, diversos tipos de entonación, indigenismos en el vocabulario, arcaísmos, etc. La lengua permaneció fiel al tipo común y tradicional, no obstante varios matices. Mas en Buenos Aires encontramos muchas otras cosas, cuyo análisis cabal supondría lanzarse a una ardua y larga tarea. Lo esencial depende de que las condiciones preexistentes, las formas de vida colectiva a que antes me he referido, han de multiplicarse por el hecho de la inmigración, rápida y abrumadora, vertida sobre el país en los últimos sesenta años.

La población total de la Argentina hacia 1810 parece que no rebasaba mucho el medio millón de habitantes, cifra que, en poco más de un siglo, ha aumentado más de 18 veces. El

V

Falta en las páginas que anteceden la importante indicación de que al pensar acerca del lenguaje rioplatense me refiero principalmente a la lengua de Buenos Aires. En el pasado, ciudades del interior como Córdoba (remota avanzada del brillo imperial, irradiado desde el Perú) fueron más importantes que la capital y pudieron aspirar a ejercer sobre ella alguna influencia; luego, el rumbo de los prestigios nacionales fué señalado por el gran puerto, centro efectivo de la economía y de la cultura para toda la nación, y en cierto modo para Montevideo. Pero la Argentina, lingüísticamente, dista aún mucho de ser un país uniforme en cuanto a su habla, prescindiendo de la

lector observará en seguida que el ritmo de crecimiento de los Estados Unidos ha sido mucho mayor, aunque habría de añadirse que este país poseía una estructura político-religiosa, un tipo de civilización en suma, apto para enfrentarse con el alud inmigratorio¹). J. T. Adams dice en "The New York Times" (16-I-1938), al comparar las analogías y diferencias entre Inglaterra y Norte América: "Nuestras instituciones — legales, políticas o de cualquiera otra índole — fueron amplia evolución de las de Inglaterra. Ante todo usamos el mismo lenguaje, y el lenguaje es un sutil eslabón. Los escritos, es decir las ideas, de la literatura inglesa pasada y presente nos son tan accesibles como los nuestros propios; en cambio, las obras literarias de otras naciones, si no son traducidas, están cerradas a la gran mayoría de los norteamericanos. En la escuela

1) "Des immigrants plongés dans un milieu nouveau, où un conformisme strict est de règle à tous égards, comme c'est le cas aux Etats-Unis, et pour qui c'est à la fois un point d'honneur et une nécessité de parler l'anglais à la manière américaine, apprennent vite à prononcer suivant l'usage courant". (A. MEILLER, en el *Bulletin de la Société de Linguistique*, 1931, pag. 111).

nos enseñan que Inglaterra fué la "madre patria". No valdría la pena establecer un parangón entre el Norte y el Sur de América, insistiendo sobre las diferencias institucionales entre España y la Argentina en el siglo XIX. Pero si vale la pena recordar que las facultades de inglés en las universidades norteamericanas figuran en destacado primer término respecto de otros departamentos universitarios. En ellas se invierten sumas considerables, y los resultados de sus actividades constituyen una zona vital de la cultura norteamericana. Fuera de ellas se organizan a diario cursos de ortografía, y abundan las escuelas de dicción. Quiere todo ello decir que Norte América organizó un complicado aparato capaz de triturar y assimilar los más toscos pedruscos de la inmigración. Sostener, defender y cultivar el inglés es una de las bases del espíritu nacional; pero el inglés no se llama "lengua nacional", sino meramente "inglés".

La escuela argentina realizó esfuerzos maravillosos desde los tiempos de Domingo Faustino Sarmiento. Mas el error o la debilidad de la

193

Argentina consistió en creer que los problemas del idioma eran asunto primario y elemental, que debían tratarse horizontalmente o desde abajo, cuando la experiencia europea de un siglo — no desperdiciada por los Estados Unidos — demostraba que tales cuestiones tenían antes que ser enfocadas desde muy arriba. Sin universidades efectivas, la cultura nacional se hacía imposible. Hay que añadir, sin embargo, que una gran responsabilidad incumbió a la falta de ejemplaridad cultural de la España del siglo XIX, flaqueza que en el primer cuarto del XX fué corregida hasta donde era posible; pero este movimiento de cultura, tan influyente sobre la minoría argentina, no pudo compensar las fallas del pasado. Por los motivos que fueren (los esenciales han sido expuestos antes), lo cierto es que la Argentina se encontró a merced de la ola inmigratoria, que campó por sus respetos al no existir diques que la represaran y la encauzasen en direcciones previstas. Un tipo de vivir, elemental y exterior, dominó sobre la intensidad reposada y profunda, en acecho de futuros. En lugar de

auténtica democracia — fundada en trabazonnes jurídicas y colectivas —, surgió una aglomeración o concomitancia de intereses económicos, de apetencias epicúreas o de ingenuas vanidades, cuyo desenlace son las numerosas fracturas que la ortopedia policíaca mantiene aparentemente soldadas.

Casi todos los estudios que recuerdo acerca del lenguaje de la ciudad de Buenos Aires — prescindiendo de los de Amado Alonso y Arturo Capdevila, antes laudados — se refieren a la forma de las palabras usadas, a los vocablos mismos, hechos que, si son necesarios para conocer cómo se hable o escriba, no dan el perfil cabal del idioma, determinado por motivos que van más allá del idioma. En aquella gran ciudad, el lenguaje es un producto inmediato de la ciudad y de su ser histórico. Los hechos lingüísticos son de sensibilidad prodigiosa, pues en ellos se manifiesta el alma colectiva, lo mismo que la epidermis, al ceñirlo, marca el volumen del cuerpo. En el lenguaje se revelan las últimas reacciones de la conciencia y la voluntad colectivas, no sólo por lo que el len-

guaje, expresión total de lo humano, nos comunica, sino por la manera de ser, de vivir el lenguaje, por sus esferas de referencia, por lo que en él hay latente, por la reacción volitiva, de preferencias y exclusiones, sea aquélla o no consciente. Una de las primeras particularidades que llaman la atención del observador es que el hecho en sí de hablar es ya una preocupación, en un grado que no hallamos en ningún otro lugar de Norte o Sur América. El porteño, lingüísticamente, oscila en general, entre los polos de la audacia y del recelo. O lunfardiza, neologiza y cultiza sin escrúpulos (llama *cobetín* al aperitivo, cocktail, etc.; *ambientes* a las habitaciones, o *acridio* a la langosta), o se justifica al emplear las expresiones más normales e inofensivas por crearlas localismos (una vez alguien se me excusó por decir "estoy con el pie en el estribo" y el Diccionario de Garzón registra "sanseacabó" como argentino). Esto quiere decir que el hablante, salvo casos de buenos profesionales del idioma, se halla sin guía y desorientado,

y con conciencia de estarlo, que es lo importante.

Hay países, o épocas dentro de ellos, en que el cuerpo social y particularmente sus grupos normativos, aspiran a determinada perfección lingüística, fundada en tipos literarios, en la doctrina de ciertos técnicos o en el ejemplo de las clases más distinguidas. El hombre de término medio se siente compelido por un impulso ascendente y disciplinado. Eso indica que el cuerpo social funciona, en lo esencial y profundo, como un motor bien engrasado. Así aconteció en Francia, en donde desde Malherbe y Vaugelas, en el siglo XVII, el lenguaje correcto se fijó y tomó conciencia de sí mismo. Durante siglos, Francia vivió en gran parte pendiente del cultivo de su idioma, forma de una prodigiosa civilización; más tarde, como todo tiene sus quebras, surgieron las frases hechas y los convencionalismos, como rótulos tras de los cuales hay poca sustancia. Francia ha sido el caso máximo de racional y elegante policía del idioma.

Lo que en Francia, por su fuerza y calidad,

fue un desarrollo que parecia espontáneo y natural, ha surgido artificial y pobremente cuando por motivos políticos, de pueril nacionalismo, se ha querido alzar un dialecto a la dignidad de gran lengua. Entonces, los vocablos y los giros de expresión son impuestos por unos seudo Malherbes, y la masa entusiasta aprende dócilmente palabras arcaicas o extranjeras o inventadas. Como quiera que ello sea, en todos esos casos el lenguaje vive regulado verticalmente. Entonces las ocurrencias disparatadas o vulgares, fruto de estímulos caóticos e indominables, no van más allá de la puerta de los propios labios.

En Buenos Aires, pese a la mejor voluntad de muchos y a los esfuerzos de escritores y maestros beneméritos, está ocurriendo algo que sería lo contrario de lo antes expuesto. Las capas inferiores de la ciudad están actuando anárquica y absurdamente sobre el idioma. Las fuerzas impulsoras hallan en sí mismas una justificación, y la voluntad o el capricho idiomáticos se jactan de desdenar cualquier disciplina, voluntad y caprichos que coinciden con

profunda incultura acerca de lo que se habla o se escribe. En Buenos Aires, por ejemplo, se les ha ocurrido que *displícite* significa "distruido"; o denominar *binomio* a dos personas que actúan conjuntamente en política, o en otras actividades sociales, lo cual es una bufonada, pues un binomio no es una pareja. Algunos llevan la gracia hasta escribir *trino-mio*. El motivo último para tal invento hay que buscarlo, primero, en el aire de sorna algo aldeano con que el porteña mira su cultura escolar; segundo, en la perduración, ya dentro de la edad adulta, de ciertas actitudes infantiles; y también, en el volumen que la edad juvenil desplaza dentro de la vida social. A los veinte años, un argentino está de vuelta de casi todas las cosas, y a los treinta cree que empieza a envejecer. El resultado de ello no es que el tono de la vida adquiriera madurez prematura, sino más bien lo contrario.

El tono de puerilidad se revela lingüísticamente, por ejemplo, en el uso de lo que llamo palabras revesadas, es decir, con sus sílabas trocadas. El revesar las palabras es cosa vie-

SORKIN

ja, y ya lo señala Quevedo como costumbre de pícaros y jaques. Un reflejo de ello se halla en la expresión jergal "dar coba", o sea "dar boca". C. Barres (*El bamba y sus secretos*, Buenos Aires, 1934, pág. 30) dice que "el reves o *vesre* dice *sacca* por casa, *rophe* por perro... Las palabras que del *vesre* pasan al dominio público también se desfiguran con la alteración de la sílaba: de cigarro, *rogasi*, y de ésta *garrosi*". Julio Vicuña Cifuentes (*Coa: Jerga de los delincuentes chilenos*, Santiago, 1910) nota numerosos vocablos así desfigurados. A. Bessa (*A giria portuguesa*, pág. 327) menciona *tabor* 'porta', *zouca* 'couca' de la jerga de los albañiles, los cuales, como es sabido, poseyeron en lo antiguo sociedades secretas. Por lo demás los niños en una cierta edad inventan diversas algarabias como mero juego. Pues bien, de tan altos antecedentes deriva el que hombres mayores usen en su lenguaje, e incluso hagan imprimir, vocablos como *cañemu* 'muñeca', *colo* 'loco' ("te has vuelto colo" es muy usado), *chacacá* 'cancha', *seca con chela* 'café con leche' ("Con un fecca con chela / y una ensai-

120

mada, / vos te venís pa el centro / de gran bacán", tango); *gorula* 'targo' ("Y por fin, caro goruta / pa que mejor me comprenda", A. Vacarezza, *Tu cuna fue un conventillo*, 1920) es muy usado, lo mismo que *gotán* 'tango', *grone* 'negro', *lorca* 'calor, vergüenza' ("¿No les da lorca?", *Dársena Norte*, sainete de Malfatti y Llanderas, 1930); *lloraca* 'caballo', *orre* 'reo', y multitud de otras lindezas que pueden hallarse en sainetes, en secciones de los periódicos que cultivan el localismo típico y, por supuesto, en la conversación de muchas gentes. He aquí una muestra de hasta donde puede llegarse por este camino:

"Combenientemente embolsado el paco al bujero posterior que tengo al forro del colecha ['chaleco'], piyé el bondi, me dejé estar en él lo tre cuarto de ora que tarda en yegar a mi barrio parque, y cuando ubi yegado, salté a la rúa, me asubí la solapa del pardesú y, resueltamente, me dispuse a cumplir el ray de sinco cuadras que ay asta el umbral de mi jome" (*Sainetes porteños*, por C. Casí, "Noticias Gráficas", 21-VII-1937).

Alguien que no conozca de cerca la lengua de Buenos Aires dirá que estas bufonadas de gusto dudoso no pasan de ser eso, y que nadie que se estime dice ni escribe tales desatinos. Por desgracia, sin embargo, la extensión de tal lenguaje y la complacencia con que cierta literatura le da estabilidad son síntomas de una alteración grave. La ciudad, desde sus capas inferiores, actúa anárquicamente sobre el idioma: reflejo de desequilibrio y perversión colectivos. Hay entre el personal docente quienes dicen a sus jóvenes alumnos que esas chocarrerías pueden ser la lengua de mañana. Para muchos argentinos el correcto estilo de los grandes escritores del día — españoles, hispanoamericanos, argentinos — debe producirles el efecto que a los romanos del Imperio declinante les causaban los escritos de San Agustín. Arrieta, Borges, Capdevila, Fernández Moreno, Gálvez, Gerchunoff, Korn, Larreta, Lugones, Rojas, Octavio Amadeo, Malla, Bernárdez, González Lanuza y cien más, escriben en un idioma que no es el usado en Buenos Aires por la mayoría de sus habitantes, y conste

que no me refiero a la diferencia usual entre estilo literario y estilo cotidiano. La lengua de Buenos Aires es una batahola semejante a la de Roma hacia el año 600, cuando el latín plebeyo se complicaba con el celta y el germano, junto con todas las jergas mediterráneas. La diferencia capital entre el Buenos Aires de hoy y aquella Roma es que allí nadie se atrevió a poner en escrito lo que entonces correspondía al lunfardismo y al gauchismo argentinos, por que aún imponían respeto los prestigios de la cultura latina, de la cual empezaba a hacerse portavoz el cristianismo. Hicieron falta quinientos años más de negra barbarie para que de tales detritus nacieran las lenguas románicas sostenidas por una nueva civilización.

En este recuerdo de los problemas lingüísticos del Plata hay que dedicar una palabra a los vocablos proscriptos, *obscenitatis causa*. Una pluma responsable escribía en "La Nación" (6-VI-1937): "Ya decía alguien — ¡qué horror! — que la obsesión sexual suramericana proviene de que nuestro espíritu no ha adquirido una facultad de iniciativa suficiente como

para dar a la conciencia colectiva un sentimiento de creatividad que no sea físico...".

Manifestaciones de la misma clase abundan, y descubren la noble angustia de quienes no son insensibles a lo que acontece en torno a ellos. Es la otra faz de la medalla. Se toca aquí un punto que, muy de paso, quiero recordar. La obsesión sexual se apodera del niño rioplatense desde bien temprano. Escribía D. Tobias Garzón en su *Diccionario argentino* (1910), a propósito del sentido obsceno que ha dejado fuera de uso una palabra usada sin reparo en dondequiera que se habla español, menos en el Plata, *coger*: "La inmoralidad y malicia precoces de la juventud han llegado a tal extremo, que no puede uno hacer uso de este vocablo tan castizo, en las acepciones que le son propias, sin exponerse a provocar la risa de los que lo toman en doble sentido". Por mi parte añadiré que en este caso el aliento pesado de lo rústico ha infectado de nuevo la ciudad. El hecho, como en el caso del *vos*, nada tiene que hacer con la inmigración extraña, y revela otra vez el mero predominio de lo plebeyo so-

124

La peculiaridad lingüística rioplatense

bre lo culto, no entendiendo por "culto" el saber escolar, sino el simple prestigio moral de lo de arriba.

Quien va al Uruguay o a la Argentina aprende luego a no usar la palabra *coger*. Sarmiento aún puede escribir en *Facundo*: "en Córdoba a nadie desea coger sino al doctor Castro Barros, con quien tiene que arreglar una cuenta"; "el triunfo, cuyos laureles debe coger desde a caballo", etc. Actualmente su- pone una brava reacción antiplebeya el que Enrique Larreta diga en *Zogobí*: "cogiendo el cuchillo por la punta de la hoja"; "cogiéndose el tobillo con ambas manos"; "dos pájaros, cogidos por el extremo de las alas", etc. Son infinitas las vueltas que da el rioplatense para evitar la nefanda palabrita: "agarrar, pillar, tomar, asir", etc. El sustituto preferido es "agarrar", cuyo uso excesivo suele dar ocasión a estrafalarias impropiedades: "¡vea cómo nos agarrar!", dicen unas señoritas, con indumento casero, a la inesperada visita. Esto es, por otra parte, muy explicable, dado que *coger*, en la Argentina, asume con exclusividad un sentido

125

199

obsceno. ¿Y cómo así? Por la sencilla razón de que esa palabra, en la lengua rústica, adquirió ocasionalmente el significado de 'cubrir el caballo a la hembra' (Andalucía, Burgos, etcétera). El cambio de sentido es comprensible y está en germen en textos literarios: "Este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado" (*Juifote*). Entre los demás hispanos, el uso normal de esa voz ha impedido que prospere la acepción zootécnica, difundida en la pampa por la ganadería, y aplicada luego al dominio humano por la presión del campo.

Algo semejante acontece al inofensivo vocablo *concha*. En las clases argentinas de geografía es un conflicto aludir al Río de las Conchas, cuya mención levanta hilaridades apicadas. Lo mismo acontece con el antes citado verbo *coger*, aunque sé (y ello es muy interesante) que en clases regidas por profesores con plena autoridad técnica y personal, los alumnos no dicen nada cuando surgen las palabras proscriptas; lo frecuente, sin embargo, es que

sea un conflicto leer textos en que ocurren esas palabras. El síntoma es grave. Creen muchos argentinos que es una peculiaridad de ellos el uso obsceno de bastantes palabras, cuando la verdad es que en otras partes, menos secularmente anarquizadas, el sentido obsceno se emplea a su hora, y el decente a la suya. Por ejemplo: en la Argentina el verbo *acabar* está amenazado de muerte, como vocablo digno, porque se usa predominantemente en la acepción de 'tener orgasmo'. Pero ya se empleaba en tal sentido en el siglo XV, por Antón de Montoro, y luego en la poesía obscena del siglo XVII. Mas en español general las defensas normales del idioma taparon la boca a la inmundicia, y *acabar* es verbo limpio y necesario en todas partes¹⁾. Al paso que van las cosas,

1) Cualquier verbo puede tomar sentido obsceno: *cargar*, *correr*, *derramar*, *ir*, *venir*, etc. Si fuéramos a tener que suprimirlos todos, adiós idioma. "El modo de hablar del vulgo, usurpando las voces a sus significados, nos las quita... *Meter* nos es vedado y otras voces sin número, que tuvieron honor, hasta que la boca del pueblo las profirió con torpes equivocaciones. Y tomarían a recobrar su honor cuando, dejando étras el vulgo (para las mismas cosas infame novelero), usurpare la lengua, o cautivare otras palabras". (QUEVEDO, *España defendida*, escrita en 1609).

si al hablar se tiene en la conciencia y en la subconciencia el acto sexual, el lenguaje argentino semejará al de un prostíbulo de una parte, y al de una academia de "précieuses" por otra, como cuando en el siglo XVII francés había quien evitaba decir "convaincre" y "ridicule". Claro que en un ambiente normal tales cosas no prosperan. Pero ya hay en la Argentina muchachas que dicen que "descienden de la escalera", porque temen que "bajar" no sería propio de sus labios. La afectación enloquecedora viene a ser entonces el natural reverso del caos babilónico, e incide en el extremo opuesto a la anarquía de lo que llaman "arrabalero" en Buenos Aires. Hoy las crónicas sociales no se atreven ya a decir, como dondequiera que se habla español, que una señora "ha dado a luz", el acto más noble que una mujer realiza; tímidamente consignan los diarios que una señora "guarda cama", por temor de que "dar a luz" sea una grosería.

La región del Plata, al rechazar a los ingleses en 1806 y al romper con España en 1810, adquirió súbitamente una personalidad política

en visible desproporción con el volumen de sus habitantes, de su economía y de su cultura. San Martín, el más eximio general de Hispano América, llevó sus ejércitos a Chile y al Perú, y comienza así a bosquejar para su pueblo el perfil de una función continental. Mas la Argentina no le responde, porque no podía hacerlo. Una cosa era el ímpetu y el bravo coraje, curtidos en dos siglos y medio de haberse bastado a sí mismos, y muy distinta tarea era el estructurarse para el convivir político y socialmente jerarquizado. En los ejércitos de la civilidad no hay lugar para los centauros. De ahí, Rozas, centauro máximo.

La emigración política y el comienzo de la prosperidad económica de mediados del siglo XIX llevan la minoría argentina al extranjero, principalmente a París. Sienten allá los platinenses ser algo, ser alguien, incluso por encima de los demás hispanoamericanos. Suelen poseer más riqueza, y tras ellos se alza el prestigio de la revolución hispanoamericana de que fueron iniciadores. Se dejan ganar por el halago y la tentación de la Europa hipercivilizada; anhe-

lan entonces que su brío innegable y su actitud de suficiencia algo solemne se complementen con creaciones de cultura a tono con el vehemente deseo de representar un buen papel. Solo así puede explicarse que la Argentina haya deseado forjarse una literatura, y hasta una lengua propia — ya lo vimos —, como una exigencia apriorística, hecho raro y que contribuye a precisar todavía más el sentido de la literatura gauchesca.

Basta para darse cuenta de ello abrir el *Santos Vega*, de Hilario Ascasubi, y leer los amplios preámbulos antepuestos al poema. Dice allí un Sr. Heracleo C. Fajardo, en 1861: “¿Adónde están los elementos que puedan constituir una literatura en el Río de la Plata? nos hemos preguntado *senadas* (1) veces, *al oír encarecer la necesidad de fundar esa literatura...* ¿Qué sociedad es la nuestra y qué tipos originales nos presenta, para que *podamos basar en ellos la originalidad de nuestra literatura?* Si se exceptúa el Gaucho y el Indio pampa, todo lo demás está en el modelo europeo. Y así debía suceder, porque la sangre europea circula en

las arterias de los que nos llamamos *americanos*, siendo tan sólo la prole más o menos remota de los *usurpadores* del nuevo continente”. (El Sr. Fajardo no dice cómo podía ocurrir no ser indio pampa sin dejarse *usurpar*). En 1851, D. Vicente Fidel López añade que Ascasubi puede “dotar a la literatura nacional de ese carácter *distintivo* que sólo él ha sabido dar”. El Sr. López, por lo demás, no vacila en comparar a Ascasubi con Homero y con Cervantes. Antes de López, D. Valentín Alsina, que era varón de buen discernimiento, notó que “tiene este género la desventaja de que lo que es hermoso en un país, quizá no lo sea en los otros; sus bellezas son locales, y no pueden percibirse por quien ignora las habitudes de nuestros campesinos, y el idioma *sui generis* que les es peculiar”. Y prosigue: “Como este género tiene tanta aceptación *en cierta clase inculta de nuestras sociedades*, puede ser un vehículo que una administración sagaz sabría utilizar para instruir esas masas”. Cuán finamente quiere Alsina pensar su repugnancia por la plebevez con sus propósitos dieciochistas de pedagogía social. Lo

frecuente, sin embargo, es que la literatura gauchesca se enfoque desde el ángulo romántico, encareciendo la singularidad bravía de su tema: "la falta de cultura de esos habitantes de las Pampas que, acostumbrados a vivir dueños de sí mismos, han defendido con brío la libertad y la independencia" (J. M. Torres Caicedo, 1861); que "pertenecen a un pueblo *demoncrático* — agrega el editor del poema —, que se interesa y toma parte en las cuestiones sociales, y se alista, según sus *instintos*, bajo las banderas que le son simpáticas", El gaucha "no reconoció más autoridad que la suya, ni más propiedad que el comunismo"... Viviendo en el mismo teatro que dejamos descrito, ha adquirido hábitos especiales y *desconocidos en sus formas y en su expresión a todo el resto del mundo*" (P. Huergo, 1853).

Así, pues, las circunstancias en que se encontraba el argentino hacia mediados del siglo pasado, aspirando ansiosamente y *a priori* a completar su mobiliario nacional, hallaron un sostén en la tendencia romántica, favorecedora del peculiarismo histórico-geográfico; el

"Volkgeist" que inspiró el *Facundo* es un argumento más para acercarse a lo que, después de todo, y según antes expliqué, era la única fuerza auténtica en el pasado inmediato del país. "En los pueblos — nota el editor de *Santos Vega* —, lo mismo que en los individuos, el estilo, el lenguaje, los modismos, son la parte más *profunda*, más homogénea, más explicativa de su ser". Hinchadas por tal viento, las velas argentinas se adentran en la búsqueda de "las fuentes originales de una literatura propia". Mas lo que sorprende no vieran entonces, ni parece se ha visto muy bien luego, es que siendo verdad que la lengua es el espíritu del pueblo, etc., tal principio sirvió de guía en otros países para analizar y recoger científicamente lenguajes y hablas dialectales con propósito científico, o para matizar de notas folklóricas o costumbristas determinadas obras, mas no para lanzarse a componer en serio y con vuelo nacional obras literarias en el lenguaje de los campesinos. El poetizar en provenzal, catalán, o en otras hablas con olvidado cultivo literario (o incluso la poesía regional de Ga-

briel y Galán o Vicente Medina), nada tiene que hacer con el hecho argentino que estudiamos, que sólo se entenderá en la medida que cause profundo asombro.

Cuenta, por consiguiente, con casi un siglo de existencia el ingenuo error de pensar que la literatura, siendo de tema nacional, vale más que no siéndolo; y que ser "propio y original" consiste en tratar de asuntos aledaños, como si la bella estructura de un edificio tuviera algo que hacer con que sus materiales sean de remota o doméstica procedencia. El arte de un país significa mucho o poco según lo que traiga a él, no según lo que toma de él. El teatro frances del siglo XVIII inicia su gran vuelo con el *Cid* de Corneille, que es español, y con otro readobamiento de una comedia española, *Le Menteur*. Es sabido que el *Quijote* descansa sobre temas extraídos de los cuatro puntos cardinales — la novela caballescica, la pastoril, la bizantina, los influjos italianos, los moriscos prestan al libro resonancias universales. Shakespeare, no se diga. Schiller poetiza el Don Carlos español, la doncella de Mesina, etc. Puede decir-

se que es de todo punto indiferente para el efecto de la valía estética que el tema o el ambiente de la obra procedan de acá o de allá. ¿De dónde, entonces, sacaron y sacan los argentinos la extraña idea de que su arte sólo puede ser de primera calidad cuando se adhiere al pasto de sus pampas? Porque hay quienes dicen que el bello libro de Larreta, *La gloria de Don Ramiro*, no es del todo argentino por no tratar de asunto "nacional"; le reprochan además que en *Zogobí* hay tal o cual personaje no argentino. ¿Qué debieran entonces pensar los norteamericanos de Washington Irving con *The Alhambra* y tantas otras obras que no acontecen en los Estados Unidos? Un libro puede ser grande o minúsculo con tema propio y con tema extraño. La manía suramericana de lo casero llega hasta discutir el valor de libros como los del chileno Eduardo Barrios — ese exquisito *Herrnanno Aysó* —, porque no trata de cosas americanas, ni está escrito con frases americana. Téngase bien presente, sin embargo, que hasta hoy el único artista hispanamericano de indiscutida genialidad fué Rubén

134

Quilón para la segunda
Cada 4 veces hay de
El arte y la literatura

135

Darío, cuyo nicaragüismo hay que descubrir en las historias literarias, no en su poesía. Piénsese, por otra parte, en lo arriesgado de esos intentos de planear de antemano caminos para el arte o para la lengua. El riesgo es lo que tanto espeluzna al rioplatense: el papelón. En 1862 escribía D. Heracleo Fajardo, prologando el *Santos Vega*: "El pobre ciego de Chilo tampoco se había imaginado que los versos que daba al viento en aquella isla, diez siglos antes de nuestra era, serían la *Ilíada* y la *Odisea*, que admiramos y admirarán las generaciones venideras". A tales excesos puede conducir la obsesión de la originalidad *a priori*, con vistas a enlazar la gloria futura.

La realidad gauchesca merecía ser descripta y notada literariamente, como todo lo que en un país es valioso, porque una de las obligaciones de la cultura es formar la memoria y el archivo de un pueblo. Mas lanzarse en serio, sin ironía, a escribir como Ascasubi, Del Campo o Hernández ¹⁾ es asunto que da en qué

1) El problema que ahora analizo es independiente de que a mí me encanten numerosas estrofas del *Marín Ferro*, por motivos que

206

pensar. La peculiaridad y lo extraño no radican en el tema gauchesco, sino en que se tome tal forma de expresión como característica de un arte nacional. Ascasubi, además, no se limitó a poetizar la vida rústica de los gauchos, sino que los introdujo en la ciudad, por las razones antes detalladas. *Aniceto el Gallo*, "gacetero rosista y gauchi-poeta argentino", se publicó semanalmente en Buenos Aires, en 1854, como una gaceta semanal, redactada en un lenguaje en que se mezclan el ruscicismo, el plebeyismo y toda manera de barbarie expresiva, gozosa de sacudirse cualquier posible trabazón. Aquí ya no hay pampa ni gauchaje bravo, sino crítica social hecha en el lenguaje más bajo: "A las noticias del tratado del Directorado entre-riano con los tres señores Cipotenciarrios de Francia, de Inglaterra y de Norteamérica, se ha calentao el paisano Callejas, y nos ha re-miúdo el cubete de más bajito" (pág. 140 de la edición de 1900). He aquí el germen de

nada tienen que hacer con escribir *naidés, ansina*, etc. No es en el ruscicismo de su gramática en donde yace la calidad esencial del poema.

toda esa escriturería aplebeyada del llamado teatro nacional, y de las secciones populacheras de cierta prensa, tan del gusto de la masa. Las ganas de pasarse por alto los respetos sociales se satisfacían hace noventa años con plebeyz de pura cepa hispana; luego ha venido el coliche, el lunfardismo, el revesado y lo que se quiera. La actitud es la misma y su sentido es hondamente histórico. Ninguna inmigración extraña, numéricamente importante, había en Buenos Aires cuando Ascasubi tomaba placer en la impresión de aquellas tosquedades.

VI

Las anteriores páginas servirán un día de orientación introductoria al libro que preparo acerca de la lengua de Buenos Aires. Hace tiempo que me intereso en dicho tema, uno de los más complejos y sugestivos de la lingüística románica. En 1937 amplié mis observaciones gracias a la entusiasta e inolvidable colaboración de mis alumnos en el Instituto de Filología en Buenos Aires, que me ayudaron a reunir materiales de todas clases. Un curso profesado luego, en 1939, me permitió seguir pensando sobre tal problema.

Mi estudio, por el momento, debiera concluir. Temo, no obstante, que los no familiarizados con la vida bonaerense se pregunten